Año 21. Mahón, martes, 1.° Enero 1901 Núm. 5858.

BIBLIOTECA PUBLICA MAHON



EL LIBERAL

Número extraordinario para celebrar el comienzo del siglo XX.

"El Liberal" se complace en saludar á sus abonados y lectores, con motivo de la entrada del nuevo siglo, y hace votos para que, en su curso progresivo, desaparezcan privilegios é injusticias y se rompan los viejos moldes que nos impiden alcanzar la fraternidad que todos deseamos.—La Redacción.

Un Prólogo

Es llegado el tiempo de las grandes síntesis. El siglo XX presenciará el consorcio de la moral y la riqueza, por el triunfo de la justicia; y será la paz entre los hombres de buena voluntad.

Bienaventurados nuestros hijos que asistirán á la sublime apoteosis de la era cristiana. Gocemos en su futura dicha, con la satisfacción que Cristo, los filósofos, las lumbreras de la humanidad, gozaron presintiendo y profetizando las revoluciones sociales, precursoras de esta grande mesiánica epopeya. Placer tan inefable, fué en las pasadas edades patrimonio exclusivo de los profundos pensadores. Hoy el libro de lo porvenir está abierto para todos.

Libertad, igualdad, fraternidad, divina trilogía de la perfección ética del hombre, en cuanto ser social: el lábaro de vuestras conquistas, empapado en la sangre de martirologio inagotable, se ostenta vencedor con radiante aureola, con fulgores inextinguibles, sobre el ara santa de la conciencia universal. El principio ético ha quebrantado la cabeza del insano egoísmo.

Esclavitud, servidumbre, privilegios, bárbaras concepciones del poderío: la humana conciencia os lanza por condenación perdurable á las tinieblas de la nada. Se ha rasgado el velo del *sancta sanctorum*. No ha de escudaros el fatídico anatema de la lucha por la vida, que justificando la adquisición de lo necesario á la conservación del individuo y al mejoramiento de la propia condición, legaliza el monopolio de lo superfluo, á costa del hombre-acémila y del hambre agena.

Preferible fuera el infierno del Dante á la tortura eterna que la humanidad, redimida por la posesión del principio ético, sufriría, arrastrando sobre la tierra su existencia en abierta pugna con los dictados de la razón, con las manifestaciones del sentimiento y los anhelos de la voluntad.

Mas, el gran prablema de los siglos ha sido resuelto por la cooperación social. Como en el orden ético la moral ha vencido al egoísmo, en el orden físico ha conseguido el trabajo humano que superen los productos á las necesidades. Por exceso de producción surjen las crisis económicas, *delirium tremens* del mercantilismo.

Pudo ser corolario de las maldiciones bíblicas el precepto *crecite et multiplicamini*. Pero la teoría de Malthus está fracasada.

La resignación, cristiana virtud que desnaturalizaron los potentados, imponiéndola al esclavo, al siervo de la gleba, al proletario, sempiterna víctima de todas las concupiscencias, no será ya invocada para obtener la conformidad con males voluntarios.

Se avecina la realización del Derecho sobre la haz de la tierra.

No se opongan inútiles diques al torrente invasor. Suavicémosle el cauce que Naturaleza le ha trazado.

Colosal es la empresa: habrá que luchar con las impaciencias de los que sufren, pero más contra el sibaritismo de los que gozan.

Un altruismo práctico, no platónico, será la palanca de Arquímedes; y nuestro guía, las verdades fundamentales en que comulgan los pueblos identificados con la moderna civilización, y en que coinciden los sabios pertenecientes á las más contrapuestas escuelas.

* * *

No matarás, velarás por tu prole, defenderás la integridad de tu persona, harás al prójimo todo el bien que para ti quisieras..... ¿Qué humana inteligencia pondría óbice al dogmatismo actual de estas verdades?

Yo no sé distinguir, por entre la densa niebla de nuestro origen, si las debemos al principio utilitario, á la selección ó al evolucionismo, si las promulgó una voluntad suprema y creadora, ó son inmanentes, por más que oscurecidas en el ser humano. Sé que la sociedad mejor vivirá, en cuanto sus costumbres y leyes más se conformen con estos principios, que por su bondad, fijeza y sencillez se hallan grabados en nuestra conciencia.

¿Cuántos y cuáles son esos principios?, dónde hallar su código?

Moysés mató invocando la ley de Dios; Aristóteles entendió conformada la esclavitud á nuestra naturaleza; los inclitos jurisconsultos romanos sancionaron en sus Respuestas, por antonomasia, *la razón escrita*, el derecho de propiedad, el *jus abutendi*, desde las entrañas de la tierra á las alturas del empireo. Aun hoy no falta quien niegue el derecho al trabajo, y proclame en pro de la colectividad el de imponer la muerte.

Muchos siglos y mucha hecatombe nos separan de Moysés, de Aristóteles, de los Estoicos, para sujetarles á exámen de conciencia; operación que haríamos placenteros con los contemporáneos sabios, partidarios de rancias ideas.

Los grandes genios que, á modo de fulgentes jalones, aparecen en la sucesión de los tiempos para marcar el rumbo de la humanidad; un Platón, un César, JESUCRISTO, Mahoma, Lutero, Rousseau, Napoleón, los modernos dioses de la mecánica y la electricidad, determinan movimientos sociales que precipitan velozmente, ó retardan por largos años, la concreción de generales aspiraciones. El común de los mortales, no somos sinó aristas que aventa el huracán del progreso hacia la SOLIDARIDAD HUMANA.

He aquí la dictadora universal: ella esculpe con caracteres indelebles las verdades del gran Código. Procure cada uno en su radio de acción, sentirlas y concretarlas.

* * *

Nuestra sociedad padece un empacho de legislación positiva, signo apocalíptico, pero indefectible, de que está en sus postrimerías el actual periodo evolutivo.

Un pueblo que se constituyera de raiz, aun con las creencias, prejuicios y costumbres que todavía imperan, á buen seguro que adoptara para todos los órdenes de la vida social, política y económica, una reglamentación que no tendría punto de semejanza con el convencionalismo jurídico, con la miseria cretina, que desde el claustro materno hasta ultratumba nos agobian y envilecen. Y no digamos qué sería la constitución del nuevo Estado, de no informarse sinó en la cultura moral, científica, artística, que, pese á las trabas sociales, ha conseguido paladear el hombre del siglo XIX.

Anacrónicas como son ciertas creencias, irracionales determinados prejuicios é inmorales muchas costumbres, si aplicamos el bisturí á la balumba legislativa, se sorprende uno de que lo más anacrónico, irracional é inmoral del sistema, no haya corroido y aniquilado el principio vital de nuestro organismo

Por eso, como á los doctrinarios fariseos, las gentes sencillas temen al *hombre de ley*; las personas ilustradas le menosprecian. Marcado es el divorcio entre el legislador y el pueblo, entre la ley y la costumbre, las cuales siendo buenas, entiendo han de consistir ambas en una cosa misma. Faltando la oportunidad, lejos de constituir la ley norma de conducta, contribuye á la perversión de las costumbres: no solo se infringe, además se ignora; y la espada de la justicia cae sobre el que *delinquió* por ignorancia.

Es también, que infiltrado el espíritu del derecho *clásico* en la legislación civil, cuando no conservados sus literales textos, impide que se humane el concepto de familia y socialice el de propiedad. Eso que llaman *sentimiento jurídico* del pueblo, resulta un mito de la escuela histórica: lo popular en este país, como dice un genial amigo mio, son la preferencia hipotecaria y las enajenaciones en fraude: el proletario no sabe más de leyes positivas, sinó que su persona sirve de justificación á las funciones de la justicia represiva; y el horror á la civil está en su periodo álgido, porque convertidos los tribunales en covachuelas, más que por maldad de la gente de curia por lo detestable del enjuiciamiento, se pierde el derecho, antes que demandarlo ó defenderlo.

Y la burocracia.....! Antecristo del constitucionalismo unitario, exterminados los municipios, consuma la ruina de la administración pública: cual Saturno devorando á sus hijos, engulle en su monstruoso vientre cuanto presupuesta.

Quos Deus vult perdere, prius dementat.

* * *

La autoridad política, como su emanación la ley, son males necesarios.

Observad al buen ciudadano: sus relaciones con el Poder se enrarecen á medida que la cultura social crece. La ley positiva, cual veneno utilizado por la farmacopea, mata en vez de curar, si el uso degenera en abuso.

Se ha dicho una gran verdad afirmando que es efecto de fantasmagoría la moralización de Real Orden. Pero cuántos males se evitarían mediante una prudente cuan radical reforma legislativa!. Más que establecer leyes nuevas, importa derogar las antiguas: Jovellanos, en

BIBLIOTECA PUBLICA MAHON

su informe sobre la ley agraria, decía que las causas del atraso de la agricultura estaban en su mayor parte en las leyes mismas, y que por consiguiente no se debía tratar de multiplicarlas, sinó de disminuirlas.

En todos los órdenes de la actividad humana la reciprocidad es á mi ver notoria: el ciudadano bueno necesita de pocas leyes; pero la simplificación de las leyes, coadyuva en gran manera á la bondad del ciudadano. Si los deberes del sér social pudieran encerrarse en un decálogo, cual lo hizo en sus comienzos la religión mosaica, ésa sería la suprema perfección.

Nacieron las legislaciones de todos los pueblos elaboradas por las costumbres, y por ende, oportunas, fijas, sencillas. El lucro por la conquista y por la astucia sobre el trabajo ajeno, provocando la desigualdad de clases, desnaturalizó la ley erigiéndola en salvaguardia de los privilegiados. Y lo que por razón debiera ser norma de vida y armonía, convirtióse en símbolo de lucha, que es la muerte.

Harto conocido el mal, aplícanse los sabios del universo mundo á la investigación del remedio: y así como en la educación del individuo, base angular del edificio social, queda consagrado el principio de que deben seguirse las fases históricas de la educación de la humanidad, no sorprende ya el anuncio de que tanto más perfecto será el estado de la sociedad, cuanto más se aproxime su régimen á las tradiciones paradisíacas, sublimadas con la posesión de los goces que, en el lento progresar de los tiempos, la ciencia ha recabado de la naturaleza.

Rompamos los moldes, por viejos y desvencijados. Apunta la aurora del gran siglo, entre el fragor de los combates, y el desbordamiento de todos los egoísmos, y los famélicos alaridos de las legiones proletarias. De polo á polo apréstanse los hombres de recta conciencia á la revolución social.

Venga divinizada y tan fecunda, que el oro y pedrería—corrosivos del corazón humano dentro del orden social que padecemos—hallen la realización de su estético destino en perpetuar las imágenes de los grandes redentores de la humanidad.

Pedro Ballester.

Mahón 1.° de Enero de 1901.

¿Cómo empezará el siglo XX?

La contestación es, en nuestro concepto, sumamente fácil. Empezará como debe empezar; como es natural que empiece; como han empezado todos los siglos precedentes; como empezarán los venideros, poniendo de relieve una vez más, ante la faz de todos, que la humanidad para progresar, para elevarse, para llegar á la altura que le corresponde á fin de que en ella impere la fuerza de la razón y de la justicia, si es que puede haber entre los seres humanos justicia y razón, necesita cumplir y acatar conciente ó inconcientemente la ley natural á que están sujetos todos los individuos orgánicos, así animados como inanimados, y que, en el terreno de la ciencia, se conoce con el nombre de «La lucha por la existencia».

Luchan por ella en toda la superficie de la tierra las plantas de cualquier clase que sean, saliendo vencedoras, entre las de distinta especie, aquellas que, por su naturaleza especial, encuentran en el sitio en que viven mejores medios para desarrollarse; y, entre las de la misma especie, aquellas cuyo sistema vegetativo es más resistente, aquellas cuyas fuerzas vitales tienen mayor poderío.

Luchan por la existencia, á pesar de su pequeñez, todos los seres microscópicos que la ciencia moderna ha descubierto, predominando siempre aquellos cuyo desarrollo está más en armonía con los medios en que se desenvuelven, crecen y reproducen.

Luchan por la existencia los insectos, los peces, los anfibios, los reptiles, las aves, los mamíferos, devorándose unos á otros y saliendo siempre victoriosos los más fuertes; y si bien es cierto que estas luchas encarnizadas suelen entablarse entre individuos de diferente agrupación, también es cierto que cuando las necesidades de la vida apremian, cuando la satisfación de las funciones orgánicas está amenazada, prevalece, entre los individuos de la misma especie y hasta de la misma variedad, el instinto de conservación individual sobre el de conservación colectiva, y sobrevienen entre ellos luchas tanto más encarnizadas cuanto mayores son las necesidades á satisfácer, saliendo triunfante siempre el que mayor fuerza puede ejercer sobre todos los demás.

¿Qué extraño, pues, que el hombre, por más que esté revestido de cierta superioridad sobre los demás seres que pueblan el universo, no pueda librarse, como ser viviente que es, de esa eterna ley, y sujeto á ella, luche y luche hasta consigo mismo, á pesar de haber transcurrido desde su aparición en la superficie de la tierra, no ya diez y nueve sino centenares de siglos?

¿Qué extraño que, á pesar de hallarnos en los albores de un nuevo siglo, del siglo XX, á pesar de todos los adelantos, de todos los progresos, de todos los mejoramientos sociales que se han venido acumulando gracias á la infatigable inteligencia humana, veamos luchar á los hombres unos contra otros, si la lucha es ley natural y de ella no pueden eludirse?

Sí, el siglo XX será continuación de los siglos anteriores y la lucha por la existencia en el nuevo siglo, continuación de la lucha que han venido sosteniendo los hombres entre sí, desde el principio de la humanidad. Mas, ya que no es posible contrariar esa ley; ya que el hombre ha de vivir luchando; ya que la lucha es necesaria para la selección humana; ya que el *homo sapiens* ha nacido para ésto, para luchar y vencer los obstáculos que á su paso se opongan, procuremos todos al menos que los medios se alteren por completo, que la fuerza bruta empleada hasta la fecha, pero modificada por las poderosas máquinas de guerra que llegaron á sustituir la fuerza muscular y la destreza en el manejo de armas sencillas, desaparezca como elemento de lucha para ser reemplazada por otras armas más nobles y que estén más en armonía con el estado actual de progreso y de civilización, por las armas intelectuales, por las que dicte la sacrosanta razón, cabe el lema de Libertad, Igualdad y Fraternidad.

Procuremos infiltrar en el ánimo de la juventud un sentimiento de horror hacia todo lo que tienda á producir la muerte de nuestros semejantes, ya aislada, ya colectivamente. Procuremos hacer una activa propaganda contra esas luchas armadas que llevan la desolación y el espanto al seno de las familias, y trabajemos todos para que la **mayor gloria** que pueda caber al siglo que hoy empezamos, al siglo XX, sea la de haber implantado y afianzado en el mundo entero, ó al menos en el mundo civilizado, lo que relativamente podríamos llamar el **reinado de la Paz.**

J. Ferrer.

Mahón 1.° Enero de 1900.

¡Ave, Siglo XX!

Los siglos se suceden con matemática regularidad; las generaciones cambian; la humanidad elabora inconscientemente, sin tregua ni descanso, su futura suerte, y siglos y seres dejan en pos de sí gérmenes fructíferos, semillas bienhechoras de paz y fraternidad.

¡Paz y fraternidad! Ideal sublime, perseguido siempre por las gentes de todas las Edades y jamás alcanzado por ninguno. ¡Paz y fraternidad! Símbolo de redención, elixir maravilloso compuesto con sangre y lágrimas y desdichas de millones de individuos en el transcurso de infinidad de centurias, hacia el cual dirijimos con anhelo nuestra vista, convencidos de que ha de traernos la salud del alma y el bienestar honrado y digno á que tenemos todos perfectísimo derecho.

Van transcurridos diez y nueve siglos desde que un hombre, único en su clase, cual ninguno grande, sin rival por lo humilde, echó los cimientos de la jamás bastante alabada obra de redención. Durante ese lapso de tiempo, las ideas que vertiera el Galileo no han cesado ni un segundo de reproducirse y extenderse; luego, el estudio, la meditación y la controversia han venido á aclararlas y á hacerlas comprensibles; y una vez al alcance de todas las inteligencias, convencidos yá de la inmensa bondad de esas doctrinas, no han vacilado los pueblos en luchar, siglo tras siglo, para alcanzar el ideal de su regeneración. El fin de tan tremenda batalla no está lejos y los resultados se vislumbran yá con toda claridad. Vencerán los humildes, los desheredados, los que nada poséen en la tierra, por más que ellos lo sean todo: vencerán, sí, y el siglo que hoy empieza verá lucir el sol de la victoria, y seremos todos hermanos, y no habrá vencidos ni humillados. Y en las fábricas se oirán los dulces cantares de los obreros, mientras darán al mundo los productos de su inteligencia, y la tierra recompensará con creces los sudores con que la regaren. Unidos todos, no tendremos mas afán que hacernos grata la existencia, prestando cada uno lo suyo al bien común: el rico, todos los medios necesarios para que nada falte á los que no posean bienes; el pobre, su inteligencia y sus brazos para dar vida á lo que, sin ellos, sería la muerte; y unos y otros, unidos con amor y cariño de hermanos, verán transcurrir plácidos y serenos los días, sin preocupaciones ni egoismos, y atentos siempre al cumplimiento de la misión para que hayan sido designados.

En esa gran victoria no habrá vencidos, nó, por mas que haya vencedores. Y vencedores lo seremos todos, desde el mas alto al mas bajo; desde el mas soberbio hasta el mas humilde; desde el mas rico al mas pobre; desde el mas sabio hasta el de inteligencia mas limitada. Todos seremos vencedores, porque todos habremos contribuido á esa gran evolución social que se avecina, porque los mas altos, y los soberbios, y los ricos y los sabios abrirán los ojos á la verdadera luz y comprenderán, al fin, que es de interés sumo evitar que desengrane de la máquina universal la rueda más importante, la que produce, la que crea, y arrolle en sus revoluciones cuanto pueda servir de estorbo á la consecución de sus altos fines.

¡Que mayor ventura para todos! El obrero honrado, cumpliendo sus deberes y viéndolos recompensados moral y materialmente, sin horror á lo futuro, tranquilo del bienestar de sus hijos y gozándose en la paz de la familia; el rico, cumpliendo, á su vez, la obligación de contribuir á la prosperidad del obrero, tratándole con cariño, con amor, con admiración, ante el convencimiento de que en ese humilde ser, que nada significa en apariencia, se hallan reunidas cuantas condiciones son precisas para que el mundo sea un hecho y la vida social una verdad.

Celebremos, celebremos, sí, con alegría inmensa el principio del fin de nuestra redención; unamos nuestro júbilo al de todos; que el grito único de ¡paz y fraternidad! repercuta de polo á polo; abominemos de cuanto tienda á deprimir y humillar; premiemos la honradez y el trabajo, y convengamos, de una vez para siempre, en que la

felicidad el bienestar de todos estriba en el respeto y consideración mútuos y en la protección que, por ley divina, debemos á nuestros semejantes.

Y tú, Siglo XX, que llevas en tus entrañas el fruto de las verdades que sembraron tus predecesores, tú que no podrás resistir la última embestida del mayor coloso que crearon y alimentaron los tiempos pasados, tú tendrás la gloria, pues á tí será la satisfacción de ver el desenlace del gran drama universal, cuyas primeras escenas ¡escenas de sublimidad imponderable! se desarrollaron, hace 1900 años, en la cumbre del Gólgota.

Ave, Siglo XX! ¡Yo te saludo!

Lucas Carreras.

Mahón 1.° Enero 1901.

1900-1901

Acaba de espirar el que hemos llamado siglo diez y nueve. Como sus antecesores, va á confundirse con la eternidad de un pasado cuyo principio no nos es dado averiguar.

Los que llevan la cuenta, nos dicen que precisamente hoy ha comenzado el siglo XX. En cuanto al momento de pasar de uno á otro siglo, ningun fenómeno lo ha señalado, nada se ha observado en el órden natural que pueda justificarnos el hecho.

La naturaleza ha seguido en el preciso instante su curso regular. Los mismos pájaros que con sus distintos gorjeos saludaron la aurora del día anterior, han repetido hoy sus alegres cantos al aparecer en Oriente el astro rey que, como siempre, vino á prestar al naciente día su luz y su calor. Las flores despiden iguales perfumes que ayer, nada se conmueve, nada se altera. Solamente nosotros, los seres racionales, acostumbrados á sumar en el reloj del tiempo, nos preocupamos, considerando como un suceso de suma importancia el final de un período compuesto de cien años, al que llamamos siglo, pero sin lograr marcarlo con un espacio, como lo haríamos, si pudiéramos romper un eslabón de esta interminable cadena de días que van sucediéndose, perfectamente enlazados unos con otros, sin sernos posible conocer si alguna causa podrá determinar en un momento dado el fin de su existencia.

Sin embargo, la gente nueva, la generación venidera, los que abrirán sus ojos á la luz del nuevo siglo, apenas comprendan el valor de las palabras y se despierte su cerebro á compás del desarrollo físico, nos dirán entre ademanes despreciativos y con burlones acentos, que nosotros somos los del siglo pasado y con razón nos llamarán gente vieja, decrépitos é ignorantes, porque entre ellos nuestra representación no podrá ser otra que la del rancio, ridículo y empobrecido ambiente en que hemos vivido.

Y en efecto, tan mal lo hemos hecho, que no podrá asistirnos ni aun el derecho de defensa.

Muchos son cien años; representan la vida de tres generaciones, tiempo más que suficiente para comprender el bien y practicarlo y no obstante de no existir nada más bello, ni más sencillo, ni más justo, tampoco nada nos ha parecido de tan difícil realización.

Se han fabricado maravillas, se han levantado riquísimos palacios, se han construído fortalezas inexpugnables, se han inventado cosas que sorprenden, que asombran, pero sin salir jamás del círculo de hierro que nos rodea, conservando siempre puesta la máscara del hipócrita, procurando los menos asegurar el dominio sobre los más, manteniéndolos en la ignorancia. Nada hemos hecho para despojarnos de nuestro egoismo, de nuestro amor propio, de nuestras hereditarias flaquezas; al contrario: de los salvajes conservamos aun el paganismo.

No nos faltan altares donde continuan esparciéndose nubes de incienso, ni imágenes, á manera de becerros de oro, ante las cuales vamos aun á postrarnos de hinojos, ni hombres que se dejan vestir relucientes trajes, parecidos al del gran rabino, que luego no pueden arrastrar sin el auxilio de otros y se dejan llevar debajo de un palio y nos dan á besar su anillo y nos echan cruces. ¿Se puede pedir aun más paganismo?

Conservamos las guerras, el derecho del fuerte contra el debil; sin otros títulos, nos entregamos á toda clase de atropellos. Arrebatamos territorios, saqueamos viviendas, violamos vírgenes, asesinamos á seres indefensos, nada, nada nos detiene y todo nos parece poco para saciar nuestras ambiciones, nuestra sed de mando, nuestros brutales apetitos

¿No es este el imperio de la fuerza bruta?

Conservamos aún la esclavitud. Su abolición fué tan sólo aparente.

Unos trabajan con exceso, mientras que otros, sin conocer lo que es trabajo, disfrutan de todos los placeres.

De algunos sitios ha desaparecido el látigo del capatáz, pero ha sido reemplazado por otros castigos que, si no desangran el cuerpo del obrero, lo humillan, lo embrutecen, hiriéndolo en lo más vivo de su dignidad.

El colono continua cultivando los campos, para que el propietario recoja una gran parte de sus cosechas.

Tenemos reglamentada la prostitución, merced á lo cual son permitidos estos palacios del vicio, á donde van á parar, obligadas por la miseria ó por el abandono en que viven, muchas hijas de pobres infelices.

Los hospitales continuan almacenando carne humana, por cuyos dilatados poros vá saliendo, entre el sudor de la fiebre, el desprecio, la rabia y la desesperación en que se revuelve tanto desgraciado.

Muchas veces el chasquido del impuro beso; el sonido de las monedas al caer sobre el tapete verde; las risotadas de los beodos elegantes que celebran en fastuosa bacanal los detalles de su última conquista, se confunden con los gemidos del pobre hambriento que agoniza en una mísera boardilla.

¿Pueden darse mayores pruebas de nuestra esclavitud?

De esta suerte nos hemos despedido del siglo XIX. Conservando los malditos resabios que nos legaran los tiempos primitivos, esto es: el paganismo, el poder de la fuerza bruta y el derecho de clases.

¡Mal te juzgó quien te llamó el siglo de las luces, porque nos dejas envueltos entre sombras!

Saludemos los albores del nuevo siglo que viene á rasgarlas y esperemos que durante el mismo hemos de ver fructificar nuevas ideas, caer los ídolos y establecer con la fraternidad universal el reinado de la justicia.

P. Pons Sitges.

Mahón 1.° Enero de 1900.

La cremación de los cadáveres

Uno de los ideales á que aspiran con más afán y porque luchan con mayor ahinco todos los higienistas, es, sin disputa, la cremación de los cadáveres, sustituyendo por este procedimiento, tan humano y científico como conveniente á la pública salud, ese otro procedimiento sucio, irreverente para con los muertos y peligroso en la inmensa mayoría de los casos, de los enterramientos.

Se oponen á la consecución de este ideal obtáculos puramente sentimentales, que indudablemente tendrían mucho de respetables si no fueran más dignas de respeto las razones que los sentimientos, y si esas razones no demostraran que la inhumación de los cadáveres á mayor ó menor profundidad, está plagada de inconvenientes, de que la cremación carece en absoluto.

Cualquiera que haya visto la manera cómo se verifican las inhumaciones, encajonando los cadáveres en nichos que ni siquiera reunen en la mayoría de los casos las problemáticas condiciones higiénicas que son precisas según los defensores de tal procedimiento; cualquiera que haya contemplado la manera asquerosa como se depositan en las fosas los cadáveres de tuberculosos, tifódicos, diftéricos y tantos otros fallecidos á consecuencia de enfermedades altamente contagiosas, y haya tenido que apartar la vista con horror y el estómago con asco ante el espectáculo verdaderamente repugnante de las exhumaciones que periódicamente se verifican en los cementerios, y sepa de qué manera transciende al exterior é infectan el aire en las necrópolis las emanaciones pútridas de los cadáveres recién enterrados, y haya tropezado en más de una ocasión con restos humanos medio destruidos, que las lluvias y las continuas remociones del terreno han sacado á la superficie... comprenderá seguramente que los cementerios, lejos de servir de decoroso asilo á los que fueron y de dar las debidas seguridades que exíje la salud de los que aún existen, son recintos donde la higiene se desconoce en absoluto, y donde las más elementales nociones de delicadeza y de respeto á los cadáveres se encuentran á la altura de los huesos que ruedan por el suelo.

Los cementerios, en efecto, constituyen verdaderos peligros para la salud pública, peligros tanto mayores y temibles, cuanto que, si bien la legislación moderna se opone en todos los países civilizados á que existan necrópolis enclavadas en las mismas ciudades, como ocurría en tiempos relativamente recientes, y obliga á que los cementerios se construyan siempre á cierta distancia de las urbes, por el rápido crecimiento de las poblaciones resulta muchas veces que, á la vuelta de algunos años, vuelven á estar aquellos enclavados, ó por lo menos próximos á las ciudades de los vivos.

No es necesario hacer grandes esfuerzos para probar dichos peligros. Está plenamente demostrado que los gérmenes de las enfermedades infecciosas se escapan de los cadáveres inhumados y ora salen á la superficie del terreno merced á los grandes desequilibrios de presión atmosférica, ora se mueven lateralmente conducidos sobre todo por el agua telúrica, ora, en fin, son arrastrados á mayor profundidad y transportados á distancias considerables, si encuentran condiciones abonadas. Las bacterídeas del corbunco y sus esporos, por ejemplo, son arrastradas por los jugos procedentes del cadáver portador de dicha enfermedad y, obedeciendo á la ley de la gravedad, descienden á capas más profundas; experimentos de Pasteur, poniendo en líquidos de cultivo tierra situada varios metros debajo del lugar donde se habían enterrado cadáveres carbuncosos, no dejan duda alguna respecto de este asunto. A la causa expuesta fué debida una epidemia de peste bubónica que se desarrolló en la parte oriental de la Arabia, en la cúspide de una de cuyas montañas se había construido un cementerio durante una epidemia de peste anterior. Pasado algun tiempo, ocurrióseles á unos pastores agrandar una cueva que estaba situada en la falda de dicha montaña, y al hacerlo quedaron en libertad los gérmenes pestíferos procedentes del cementerio, que se habían infiltrado en el terreno, y la peste se reprodujo.

Numerosos experimentos demuestran el peligro

de los enterramientos desde este punto de vista; pero basta saber que los microbios de muchas enfermedades viven y encuentran condiciones favorables en el suelo, para no dudar de que el enterramiento en general no es más que una siembra de microbios, que en un momento dado y obedeciendo á innumerables circunstancias, pueden ocasionar numerosos estragos en el hombre. Los experimentos de Karlinsk, de Varsovia, sobre la vitalidad del bacilo de la tifoidea, han demostrado plenamente que este bacilo vive todavía después de tres meses de enterrado, tiempo más que suficiente para que pueda dirigirse en diferentes direcciones é infectar el agua que encuentre, la cual, como es sabido, constituye su principal vehículo.

Pero aunque estos peligros reales y efectivos no existieran, siempre los cementerios tendrían en su contra lo repugnante de los espectáculos que proporcionan, lo poco que ponen á los muertos al abrigo de las profanaciones y más que nada, lo triste que resulta, si bien se considera, el entregar á séres muchas veces amados y siempre dignos de respeto, á los estragos de una putrefacción tan lenta como repugnante. También el sentimiento debe, en justicia, hablar muy alto en contra de los enterramientos.

La cremación, en cambio, no ofrece inconveniente alguno, cualquiera sea el aspecto bajo el cual se la considere. Muy al contrario, en ella todo son ventajas.

Para todo el que conozca en su esencia el proceso de la putrefacción, y sepa que, en último resultado, conduce únicamente á la reducción del cadáver á elementos minerales sencillos, el horror que pueda inspirar la cremación á los espíritus pusilánimes y rutinarios, tiene que ser forzosamente un horror inmotivado, por cuanto, según aquel conocimiento, los enterramientos y las cremaciones conducen, en último término, al mismo resultado. Unas y otras convierten el cadáver en los mismos elementos minerales, unas y otras proceden á su combustión; la diferencia estriba tan sólo en que, mientras la inhumación procede por medio de una lenta y asquerosa tarea de putrefacción, que deja en pos de si residuos por demás desagradables, la cremación en poco tiempo y sin peligro alguno, convierte los cadáveres en unas cuantas libras de cenizas blanquecinas y puras, que ni producen miedo, ni son una amenaza para la salud.

Existe todavía quien supone que la sola idea de la cremación implica una falta de respeto hacia los muertos, suposición errónea que fácilmente queda destruida recordando algunos datos históricos sobre este procedimiento, cuyos albores se pierden en la más remota antigüedad. Nacido probablemente entre los Indios, en Roma y en Grecia practicáronse numerosas incineraciones y extendida á todas las razas tal costumbre, pero en manera alguna limitada á los paganos, como algunos pretenden todavía, hasta Israel, el pueblo escogido del Señor, incineró el cadaver de su Rey Saul, el cual, colgado de los muros de Bethsam después de muerto por los Filisteos en la batalla de Gelboë, fué quitado de aquel infamante lugar por los habitantes de Jabés Galaad, que lo quemaron y enterraron sus cenizas en el bosque de Jabés, con objeto de evitar así nuevas profanaciones (1).

Como se vé, los pueblos de la antigüedad clásica tenían la costumbre de incinerar sus muertos, pero no por eso era menor el culto que les profesaban, pues bien sabido es que el respeto que sentían por la muerte y la veneración superticiosa que lès inspiraba, llegaban al extremo de impedirles verificar autopsias y disecciones cadavéricas, con harto detrimento de la anatomía y de la Medicina en general.

¿Es acaso que lo que el pueblo de Israel verificaba con su rey, considerándolo en extremo respetuoso, no lo ha de ser entre nosotros, que en aras de la Ciencia y de la Humanidad no tenemos reparo alguno en disecar cadáveres y hacer estudios que para los antiguos hubieran constituido verdaderas irreverencias?

Afortunadamente, los partidarios de la cremación aumentan cada día, á pesar de las sensiblerías que se oponen aún á tal procedimiento, sensiblerías que no tienen ni pueden tener valor alguno, comparadas con los sagrados intereses de la Higiene, esa ciencia grandiosa y admirable, ante la cual forzosamente han de acabar por inclinarse todas las creencias, por lo mismo que no es incompatible con ninguna.

He aquí algunos datos demostrativos del estado en que se encuentra la incineración en las naciones más adelantadas:

Al comenzar el año 1898, había en Alemania 20 sociedades propagadoras de la cremación, con 12.000 asociados; actualmente existen 37 sociedades, ascedienda á 37.000 el número de socios. Como se vé, el aumento es bien palmario.

En Inglaterra se han practicado en dicho año 341 cremaciones, número reducido si se tiene en cuenta la importancia de la gran nación, pero que se explica por el hecho de resultar bastante caras las cremaciones que se verifican en los tres crematorios que existen, instalados en Woking, Manchester y Glasgow. En Londres está instalada la «Sociedad de cremación de Londres», de la que es presidente el eminente cirujano Sir Henry Thompson.

Los Estados Unidos son una de las naciones que marchan al frente del movimiento en pró de la incineración. Casi todas las poblaciones de importancia poseen uno ó varios crematorios, dándose en el año 1898 cristiana sepultura mediante la cremación á 1699 cadáveres. La mayor parte de los crematorios se hallan instalados en el recinto de los cementerios, ó al lado de los mismos.

Italia cuenta con 44 sociedades y 23 crematorios, habiendo sido quemados durante el año 1893, 2402 cadáveres (Milán, Roma, Florencia, Liorna, Turín, etc.).

En Suecia existe la «Sociedad de Estocolmo», y Noruega cuenta con otra sociedad en Bergen.

Pero indudablemente Francia es la nación que se lleva la palma por sus adelantos crematorios. En París se practican anualmente unas 4000 incineraciones, siendo el tiempo necesario para la cremación completa de un cadáver, tratándose de individuos de 30 á 59 años de edad, unos 59 minutos por término medio. El tiempo necesario es algo mayor en los individuos de más de 59 años, y algo menor en los más júvenes de 30. Para facilitar las crema ciones, y evitar en parte el inconveniente de su coste, superior á los posibles de muchas familias, el Ayuntamiento de la capital de Francia acordó, en 1899, que tienen derecho á la *cremación* gratuita todos los cadáveres que lo tienen al *entierro* gratuito, especialmente los procedentes de Hospitales y Hospicios.

Como se vé por estos datos, que no multiplicamos por no dar á este artículo una extención excesiva, la cremación de los cadáveres progresa lentamente, pero de contínuo sin retroceder un punto y en lucha no encarnizada, pero sí segura, tan segura como las convicciones de sus partidarios, con los obstáculos inmateriales que todavía se oponen á su paso.

¿Triunfará al cabo, como triunfaron tantas y tantas ideas verdaderas de los prejuicios que pretendían destruirlas, como triunfó la Anatomía de los que impedían su progreso al impedir las disecciones cadavéricas?... La respuesta es obvia. El siglo que empezamos verá seguramente la adopción universal, definitiva, de la cremación como única manera higiénica, limpia y decorosa de dar sepultura á los cadáveres, suprimiendo en absoluto los enterramientos, y dando una vez más la Humanidad prueba inequívoca de que, si bien sujeta á veces á yugos más ó menos respetables, al cabo es la razón la que se impone y la que triunfa de cuantos obstáculos encuentra en su camino.

Lorenzo Pons Marqués.

Mahón 1.° Enero de 1901.

(1) *Reyes*, Lib. I, Cap. XXXI, Vers. 9 y siguientes.

Pronóstico

¿Quién no se atreve á pronosticar alguno de los progresos que realizará el siglo que hoy empieza? No son ciertamente necesarias sobrenaturales facultades para prever que las condiciones de la vida humana han de sufrir honda modificación en el transcurso de la presente centuria: basta observar el inmenso espacio recorrido ya por la justa aspiración á lograr la fraternidad entre el pobre y el rico, que anima á todos los hombres pensadores.

Corta era en los tiempos primitivos la diferencia que existía entre los jefes y sus inferiores, con relación á las comodidades de que unos y otros disfrutaban; pero, á medida que la humanidad ha adelantado en el terreno de los descubrimientos científicos, y que la industria, caminando en pos de la ciencia, ha ido perfeccionando cuanto puede contribuir al bienestar de los hombres, aquella diferencia se ha agrandado, y hoy forman vivísimo contraste la abundancia y las satisfacciones del rico, que goza de la vida en soberbio palacio, y la estrechez y las necesidades del pobre, que vejeta tristemente en miserable vivienda.—Tamaña desigualdad debe desaparecer, y desaparecerá pronto, que no es justo que solo una pequeña parte de los hombres reciba los beneficios del progreso, resultante del general esfuerzo.

No creemos que deba destruirse la gran riqueza acumulada por los que han tenido la habilidad ó la energía suficientes para producirla; ni fuera tampoco justo aniquilar las grandes empresas industriales y mercantiles que, obedeciendo á la ley de la competencia, han realizado importantísimos progresos, de cuyos beneficiosos resultados todos, en mayor ó menor escala, gozamos. No tenemos fe en las utopias de los comunistas, que sueñan con repartos de bienes, creyendo reparar por tal medio, en un solo día, las actuales injusticias. La desigualdad entre los hombres subsistirá siempre en el orden económico, como subsistirá en el orden físico y en el orden moral. Los malos, los perezosos, los ignorantes, jamás serán iguales á los buenos, á los activos, á los inteligentes.

Aunque la teoría de que los ricos son tan solo depositarios de los bienes que poseen, y que están obligados á destinarlos á la satisfacción de las necesidades sociales y en primer término á los pobres, fué sustentada por varios Santos Padres, no ha sido todavía practicada por los poseedores de la riqueza, por mas que alardeen de cristianos. En los paises monárquicos síguese todavía la costumbre de dejar la mayor parte de los bienes á los hijos primojénitos, con el único propósito de satisfacer la vanidad del padre, que aspira, ante todo, á que su nombre y sus títulos subsistan durante muchas generaciones. En los países republicanos, en donde la moral tiene más imperio, lo general es que los bienes se repartan por iguales partes entre todos los hijos. Y constituyen verdaderas escepciones, tanto en los paises monárquicos como en los republicanos, los ricos que al morir destinan sus bienes á satisfacer necesidades publicas, ó que durante su vida ceden á los pobres una parte proporcional de sus ingresos.

No hay que esperar, en verdad, que los ricos desoigan las sugestiones de su egoismo y cumplan espontáneamente sus deberes para con los pobres: no nos hacemos tal ilusión. Pero estamos convencidos de que no transcurrirán muchos años sin que se establezcan leyes, por las cuales, respetando el derecho de propiedad, se impondrá á los acaparadores de la riqueza deberes estrechísimos respecto

á la forma de disfrutar de sus bienes y á la manera como habrán de compartirlos con sus semejantes.

Mas, no se crea que vislumbremos sangrientas revoluciones sociales que modifiquen nuestro modo de ser: nada de esto. Esperamos que, mediante la propaganda de las buenas ideas, irán éstas apoderándose de los cerebros, y los gobiernos, cediendo á la opinión, veránse obligados á convertirlas en leyes. Las reformas, pues, vendrán de arriba á abajo, merced al desarrollo de la necesidad, cada día más imperiosa, de que desaparezcan esas desigualdades monstruosas que hoy existen en el género humano.

Dispónganse, pues, los potentados á ver disminuidas sus grandes riquezas por el deber que se les impondrá de dar parte de ellas á los necesitados. Estos han perdido ya toda su fe en la panacea que se ha ensayado propinarles, dándoles á entender que encontrarán en ultratumba la compensación de sus sufrimientos en este mundo; y es que no se les oculta ya que los mismos que tal panacea les recomiendan, se esfuerzan en acumular riquezas y en gozarlas en esta vida, desoyendo los preceptos del evangelio.

Y renuncien los pobres á igualdades económicas que son irrealizables; porque la sociedad humana debe cumplir el deber de auxiliar al desvalido en todas sus necesidades morales y corporales, pero ni ha de matarse la ambición, que es la palanca productora de los progresos, ni cabe destruir los cimientos sobre que descansa la civilización, ni pueden desaparecer las diferencias morales que distinguen á los individuos y que tanto influyen en su respectiva conducta. De la ley del trabajo deriva la ley de la competencia, y merced á esta se asegura la selección de los mejores en todos los órdenes.

Muchos siglos hace que el problema social está planteado. Nuestra convicción se limita á que desaparecerá el gran abismo que separa hoy á las clases extremas: termina el siglo XIX con una tendencia visible, y cada dia creciente, á imponer frecuentes tributos sobre las sucesiones hereditarias: y á establecer impuestos progresivos, siendo evidente que se elabora en la opinión pública un cambio saludable. Esa tendencia se fortalezerá, y as diferencias sociales irán gradualmente desapareciendo.

Obra tan bella es la que vendrá á realizar el siglo XX. ¡Bien venido sea!

J. J. Rodriguez.

Mahón 1.° Enero de 1901.

El Siglo XX

I

Diz que tenemos los poetas
los ojos de basilisco,
que vemos tras las paredes,
ó que somos adivinos.
Que en el porvenir leemos,
leemos en lo infinito,
que algo tenemos de loco,
que el mal y el bien presentimos.
Si lo que digo es verdad,
mi deber es preveniros
pues voy á profetizar
algo del presente siglo.

II

Cumplo sesenta y dos años,
de modo que no soy niño,
para hablar con ligereza,
es decir, que tengo juicio
Os diré que nuestros nietos,
si los tenemos, de fijo
se reirán de nosotros,
por lo tontos que hemos sido.
Estrañarán desde luego
que hayamos todos podido
sufrir costumbres caducas
de los tiempos primitivos.
Las trabas al pensamiento
dirán que mentira han sido,
pues nadie tiene derecho
á tachar lo que está escrito.
Solo habrá armas en museos
y los cañones fundidos
se verán, ó trasformados
en arreos de cultivo.
Los templos serán escuelas,
los cuarteles edificios
de exposición permanente
para las artes y oficios.
En casas de corrección
convertidos los presidios
se corregirá al malvado
de su proceder inicuo.
Se protejerá á la imprenta,
premiarán los buenos libros,
y nos servirán de norma
las reglas del periodismo.
Ni tampoco habrá soldados
á mediados de este siglo,
siendo las futuras guerras
las del progreso contínuo.
Los reyes y los verdugos
también serán suprimidos
y no habrá pena de muerte
ni tampoco habrá asesinos.
En fin para no cansaros
pongo aquí punto, y medito.
¿Se cumplirán mis pronósticos?
No me es dable predecirlo.

B. Fábregues.

Mahón 1.° Enero 1901.

El mundo marcha

Con frecuencia los que gustamos de hablar de los asuntos públicos y hasta de mezclarnos en ellos, vemos reacciones temibles, ó bien creemos en progresos rapidísimos, que no tienen realidad objetiva; son efecto de un estado del ánimo nuestro, no afirmación consecutiva de acertada y atenta observación de las cosas.

Mientras se van sucediendo los acontecimientos no nos es fácil á la generalidad de los hombres juzgarlos, por poca parte que tomemos en los mismos, con aquella serenidad y reposado juicio que aplicamos á los sucesos pasados, á las luchas de otros tiempos, á cuanto, aunque de algun modo nos interese, no lo sentimos vivo y palpitante en nosotros ó, acaso, dentro de nosotros mismos. Las cosas que vivimos, nuestras personales emociones, las que son influidas por nuestros sentimientos íntimos y forman parte de nuestra historia, no podemos verlas con imparcialidad y desapasionadamente, esto es natural; y hasta suele ocurrir que en asuntos que vimos al principio con claridad, nos confundimos y ofuscamos luego por la aglomeración de los detalles y por la diversidad de estados de ánimo que sufrimos durante su transcurso. Para juzgar entonces con exactitud se hace precisa una parada, un momentáneo apartamiento, á fin de objetivar por completo lo que intentamos someter á nuestro juicio.

Así pues, al intentar adquirir conocimiento de cuanto ha adelantado el mundo en su marcha progresiva hácia el mejoramiento del hombre, ya en sus cualidades personales, ya en sus condiciones de vida, es necesario prescindir, tanto como se pueda, de la parte que personalmente se ha tomado en las luchas, de lo que se ama, de lo que se aborrece, de lo que se ha sufrido, en una palabra, de cuanto directamente nos atañe, y distanciarlo todo, colocarlo en perspectiva y mirarlo desde lugar apartado, cuidando de dividir el tiempo en periodos convenientes, á fin de apreciar con la exactitud posible los progresos que en cada uno de los dichos periodos se hubieren realizado.

No me propongo aplicar este método al juicio del siglo que acaba de transcurrir. Sería tarea larga y con mayores dificultades de las que pudiera yo vencer.

Mi objeto es tan solo llamar la atención de aquellos compañeros míos que aman el progreso, que procuran marchar hácia adelante, que conocen el bien y la justicia y los caminos que deben seguirse para acercarnos al anhelado fin, y que, sin embargo, influídos por el ambiente de escepticismo, ó por desengaños parciales, parecen vacilar y no demuestran en sus palabras ni en sus acciones la varonil entereza, la fé, el entusiasmo, la confianza en las propias fuerzas que para seguir la lucha se requieren y que bien merecen los elevados ideales en pró de los que luchamos.

Si tenemos siempre fija la mirada en el porvenir y solo atendemos á lo que falta para que nuestro ideal sea cumplido, es natural que nos entristezca y desaliente el desacuerdo grande entre la realidad y nuestros deseos. La impaciencia por llegar, por alcanzar en un día lo que necesita años y más años de incesante labor, ha debilitado á muchos compañeros irreflexivos y exageradamente apasionados. No debemos hacernos ilusiones: el espectáculo del mundo al finalizar el siglo diez y nueve no es lisonjero; todavía la herencia de un pasado abominable pesa sobre la gran mayoría de los hombres; la necedad religiosa, la brutalidad guerrera, la desigualdad económica, el concepto egoista de la vida y de la prosperidad en los pueblos y en los individuos, todo ésto existe aun y existe poderoso, con realidad efectiva, abrumando á la humanidad y siendo formal obstáculo para la emancipación del hombre y para su felicidad sobre la tierra.

Pero miremos por un momento, ya que la ocasión es oportuna, hacia el pasado; veamos lo que ocurría y lo que pensaban los hombres hace algunos años, y comparemos. La comparación, seguramente, nos dará fuerzas y alientos y reanimará nuestras esperanzas, al convencernos de que, si continua como hasta aquí la marcha progresiva de las ideas, no hemos de tardar mucho en conseguir resultados prácticos, positivos, que no dejarán lugar á dudas ni aun para los más pesimistas.

Escandalizaba formalmente á nuestros bisabuelos el que algunos, muy pocos todavía, osaran llamarse demócratas: la democracia era el caos, un absurdo contra naturaleza, había de traer la ruina de las naciones y la disolución de la sociedad. Aquellos venerables ancianos murieron y llevaron su escándalo é indignación á las tumbas; mientras sus hijes hacían de la democracia la bandera de su tiempo. Venció la idea en toda la línea y hoy no conocemos en Europa á ningún hombre de buen sentido que reclame en serio la restauración de los privilegios feudales.

El problema político que planteó la revolución francesa podemos darlo por resuelto en sentido democrático. Las ideas absolutistas han desaparecido del terreno filosófico; y solo son toleradas las monarquías bajo la forma constitucional. El llevar más adelante las reformas es en cada pueblo cuestión de oportunidad.

Ningún poder se ha manifestado en los tiempos que describen las historias que conocemos, tan grande, tan absoluto, tan exclusivo y absorbente como el poder religioso. Dominaba sobre los reyes y los pueblos sobre las naciones y los individuos. La base fundamental, y única posible, de ese poder omnímono era la fé. Obedecían todos porque creían, ó porque creía el gran número, cuando ménos. Todavía en ciertos rincones, apartados de la civilización y del comercio, quedan restos de aquella fé y de aquel poder. Pero mire cada cual á su alrededor, aquí mismo, en nuestra ciudad, indague en el círculo de su familia, de sus amigos y conocidos, y si observa bien, podrá admirar la más completa emancipación de las conciencias. Es muy difícil, y sería un caso raro, encontrar un verdadero creyente, un sometido voluntario y sincero, entre la juventud universitaria ó entre la juventud obrera de las pobla-

ciones. Existe, sobre todo en nuestra desgraciada España, mucha fé á sueldo, mucha devoción aparente, mucha sumisión fingida; en las altas esferas del poder público intervienen obispos orgullosos y frailes groseros; pero todo ésto nada tiene que ver con la fé. Y la fé, la verdadera fé, es la única fuerza positiva y permanente de la iglesia; si aquella no existe, el poder de ésta no puede ser sino muy efímero: depende su caída de la caída de un régimen constitucional, quizá de menos todavía; puede depender de un cambio de ministerio. Esto en España, que en los demás paises de Europa y en los de América la iglesia ha perdido en absoluto el poder de otros siglos y no tiene ni esperanzas de recobrarlo jamás. De todos los enemigos del *liberalismo, de la civilización y del progreso* (prop. 80 del *Syllabus*) podemos decir que la iglesia es el ménos temible, pues no tiene más fuerza que la que le presta el poder civil.

Los dos obstáculos verdaderamente grandes que actualmente se oponen á la felicidad de los pueblos y al progreso de la humanidad hácia el bien, son el capitalismo y el militarismo. El primero ha adquirido sus vuelos durante el siglo que terminó ayer, el segundo es triste herencia de las edades anteriores. Los he unido porque, realmente, no podrían subsistir el uno sin el otro y porque ambos son hoy los dueños efectivos del mundo. No son poderes gastados y desacreditados, como la iglesia y la monarquía, sino vigorosos, fuertes, causadores de muchos daños y no ha de ser obra de un día el derribarlos.

La iglesia fué vencida por la filosofía del siglo diez y ocho; los derechos politicos fueron proclamados en la revolución francesa y se han discutido casi todo el siglo diez y nueve. El combate por la igualdad económica ha comenzado en el mundo hace poco.

Al principiar el siglo veinte tenemos planteada la *cuestión social* como el problema más interesante que se habrá de resolver en su transcurso. El pueblo, el esclavo de siempre, la víctima eterna, vá adquiriendo conciencia de sus derechos y de las fuerzas que posee para hacerlos valer. Grandes masas de trabajadores han comprendido ya que no deben soportar resignados las cargas abrumadoras que la organización actual de la sociedad arroja sobre sus hombros. No quieren ser por más tiempo carne de cañón en las guerras que promueven sus amos, ni continuar agotando sus fuerzas, perdiendo la salud y muriendo miserablemente sin más objeto que el enriquecer á sus explotadores.

No he de hacer aquí un programa completo de las reivindicaciones obreres, ni un capítulo de cargos contra la sociedad. Basta á mi propósito hacer notar que la lucha en los comienzos del siglo está en ese terreno. Ya no discutimos dogmas religiosos, ni nos preocupa el derecho divino de los reyes. Aspiramos al reinado de la justicia y de la paz entre los pueblos, á la igualdad económica y á la mayor autonomía posible de los individuos.

El solo hecho de haber podido plantear la cuestión en estos términos, representa por sí mismo un progreso tan importante que no pudieron ni soñarlo los hombres de otros tiempos. Y esto es lo que yo he querido exponer á la consideración de todos aquellos que pudieran sentirse débiles y abrigaran dudas repecto al porvenir. Cualesquiera sean las dificultades que se opongan á la realización de las aspiraciones populares, siempre serán ménos importantes que las que hasta hoy se opusieron y han sido vencidas, puesto que cada victoria lograda abre camino y facilita otra nueva, igual que sucede con los descubrimientos en todas las ciencias positivas.

No deben arredrarnos á los que luchamos por la emancipación humana y creemos en el progreso las contrariedades que puedan surjir en una localidad y en un momento dado, ni las facilidades desacostumbradas deben ilusionarnos, lo que resultaría contraproducente una vez desvanecida la ilusión. El mundo marcha hácia la realización de los ideales nuestros; pero sigue su camino lentamente y por sus pasos contados. Ni ha de apresurarse por que seamos impacientes, ni retrasarse porque seamos desconfiados.

Tenemos el deber de laborar todos; adopte cada uno la actitud que le permitan sus facultades ó le obligue su temperamento; lo que no ha de hacer ninguno es perder la confianza en el triunfo definitivo

Porque, efectivamente, como digo el principio, el mundo marcha.

J. Mir y Mir.

Mahón 1.° Enero 1901.

Predicar con el ejemplo

La Sociedad progresiva femenina *que desde, hace poco mas de un año funciona en esta Ciudad y cuyo principal objeto es fomentar el bien, consolar á los que sufren, evitar al prójimo todo lo que sea padecer, así en el terreno moral como material, tomó hace pocos dias el acuerdo, nunca bastante alabado, de invertir todos los fondos de dicha Sociedad en obras de beneficencia. Mas, no contentas con ello las Señoras que la componen, ampliaron el indicado acuerdo en sentido de pedir mayores ausilios á sus amigos, á fin de que la obra de misericordia que iban á ejecutar, fuera todo lo mas ámplia posible.*

Los resultados han respondido á tan caritativos propósitos, y hoy, á las cuatro de la tarde, ¡con inmenso placer lo consignamos! se repartirán en el local que ocupa la logia Hermanos de la Humanidad, *unas ciento cincuenta prendas de vestir entre otras tantas personas necesitadas.*

¿Quién negará las excelencias de actos como el que relatamos? Quien no se conmueve ante el espectáculo de una miseria socorrida con oportunidad, de una lágrima enjugada con amor, de una desgracia mitigada sin esfuerzo y con escaso sacrificio? Quien no responde á la escitacion de esas Señoras que, como nota discorcante en los dias que corremos, no piden para celebrar banquetes, no piden para luces, ni para adornos, ni para fiestas, piden para remediar los males de sus semejantes; piden para practicar la Caridad, *virtud la mas noble, la mas pura, la mas admirable de todas las virtudes.*

Pedir una limosna es adorar á Dios, distribuirla entre los que sufren es, sin ninguna duda, practicar sus doctrinas, es cumplir su Santísima voluntad

Consolemos, sí, á los desheradados por la fortuna, tomando parte en sus quebrantos y prestándoles nuestro apoyo moral y material, teniendo en cuenta al obrar así que no practicamos ningun acto extraordinario; que no hacemos mas que cumplir una obligación, que esos desheredados, en fin, tienen perfecto derecho á recibir lo que sobra á sus semejantes.

Prediquemos con el ejemplo, como lo hará hoy la Sociedad Progresixa Femenina.

X.

Mahón 1.° Enero 1901.

La primera piedra

Algo grande habia de hacerse por el liberal pueblo mahonés en este principio de siglo. Lo que habia de ser esta cosa grande no lo sabíamos ayer; pero lo sabemos ya.

Reuniéronse anoche en fraternal banquete un considerable número de afiliados en la Logia «Hermanos de la Humanidad», y al mismo tiempo numerosos correligionarios lo hacían en el Casino de Unión Republicana.

En la primera de dichas reuniones se trató del proyecto de fundación de la Escuela de **Educación Integral**, que ya había ocupado en varias ocasiones la opinión liberal del país. Una vez conformes y convencidos los presentes, se trasladaron al Casino donde los republicanos estaban reunidos.

Allí expusieron el proyecto, y se habló con entusiasmo de los medios conducentes á que dicha Escuela sea un hecho lo más pronto posible en esta ciudad. Y lo hicieron con tanto acierto, que allí mismo quedó acordado y resuelto el problema.

Lo decimos con alegría: la Escuela de **Educación Integral** será un hecho dentro de poco.

Esta es la primera piedra colocada en las primicias del siglo XX, y bien podemos asegurar que es la obra de más trascendencia que se ha emprendido en Mahón desde hace muchos años.

¡Viva el Siglo XX! ¡Bien por los liberales mahoneses que han sabido saludar su aurora de una manera tan digna!

La Redacción.

1.° Enero, 1901.

Estab. tip. de B. Fábregues, Nueva 25, Mahon.
Talléres: San José 69.

